

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA MODERNA



Nº

545

50
cts

IRENE RICH

NUMERO
EXTRAORDINARIO

LA CUEVA SANGRIENTA



COWAN, WILLIAM L.

**LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA**

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: / Pasaje de la Paz, 10 bis
Francisco-Marín Bistagno / TELÉFONO 18551

Año X BARCELONA N.º 545

La cueva sangrienta

(NED. MCCORMACK DAUGHTER, 1929)

Emocionante asunto, interpretado por
Irene Rich, Robert Armstrong, Teodoro
Roperts, Carol Lombard, etc.



Es un film P. D. C.
presentado por S. A. G. E.
Selecciones

Julio César

Aragón, 316

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal fotografía de
LEWIS STONE





La cueva sangrienta

Argumento de la película

En una costa solitaria, allí donde los Mac Cobb, de generación en generación, han conquistado el mar, se levantaba un sencillo edificio dedicado a establecimiento de bebidas. Adosado a él había la gran casa de su propietario.

La tienda estaba regida por Garrie Callahan, a quien llamaban "la hija de Mac Cobb", una mujer enérgica, bella, que con su sola presencia imponía respeto a todo el mundo.

Garrie era casada y tenía dos hijos, un niño y una niña de corta edad que eran en su vida prodigiosa de trabajo, un rayo maravilloso de sol.

Ayudaba a Garrie en su labor su hermana Jenny, algo más joven que ella y con una belleza rubia que ejercía extraordinaria atracción.

Aquel día se hallaban las dos hermanas tras el mostrador hablando con unos agentes de policía que seguían toda la costa en busca de unos contrabandistas que de algún tiempo a aquella parte infestaba a la región.

—Qué bello brazalete lleva usted, Jenny —le dijo uno de los agentes—. ¿No es demasiado para una "mujercita"?

Era una pulsera de oro con algunas incrustaciones de piedras preciosas.

—No tiene valor alguno—dijo Jenny, ruborizándose—. Son piedras falsas.

—Pues nadie lo diría.

—¡Ojalá fuesen verdaderas!—arguyó Garrie—. Pero somos pobres y hemos de contentarnos con aparentar... Jenny se resigna, ¿verdad? Mi hermana es muy buena pero tiene el defecto de ser un poco perezosa.

—No es verdad. Trabajo tanto como puedo.

Y Jenny, disgustada por aquellos reproches que creía no merecer, salió de la tienda para dirigirse a la casa contigua con la que comunicaba por una escalera interior.

Garrie dejó de atender a los agentes para ir a abrazar a su hijita, preciosa nena de cinco años.

—Tengo hambre, mamá.

—Toma este pastel... Pero mira, allá está tu hermano—dijo señalando la cercana playa por donde corría un chiquillo. ¿Quieres darle también otro dulce?

—¡Ya lo creo!

La nena, aturdida, salió de la tienda y de pronto, al atravesar la carretera, dió un grito de terror al ver a un automóvil que avanzaba a una velocidad escalofriante y frenaba rápidamente, parándose a pocos pasos de donde se hallaba.

¡Milagro y de los grandes había sido aquél! Unos pasos más y el gran automóvil cogía bajo sus ruedas a la tierna criatura.

Garrie, que había presenciado el accidente, corrió hacia allí, abrazando a su

hija contra su corazón, llenándola de besos, convenciéndose de que estaba ilesa... También había acudido el niño, que lloraba de espanto.

El ocupante del coche había descendido de éste y contemplaba con los brazos cruzados a la madre y a sus hijos.

Era un hombre joven, sonriente, de mirada atrevida y simpática.

Carrie le contempló con altivez y le dijo en tono de censura:

—Con locos como usted los accidentes serían frecuentes... ¿Por qué van a esas velocidades escalofriantes? Parece que se complazcan en ir sembrando la muerte.

—Bueno, no empiece usted a insultarme—respondió con tranquilidad—. Soy su cuñado.

—¿Usted?

—Para que se convenza.

Y le alargó una tarjeta que decía:

Raymond Babe Callahan,

Materiales de construcción.

Todo lo que usted desee; no importa a qué precio.

—Este es mi nombre y mi divisa—añadió Raymond sonriendo.

—¿Con que usted es el hermano de George?

—Ya ve usted que sí.

—¡Bienvenido entonces!

Y su mano, sin recuerdo alguno de ira, estrechó la del buen mozo.

—¿Y qué le trae por aquí?

—Vengo en viaje de negocios, casi de paso... Aunque—agregó lanzando una mirada a la playa despejada y desierta—. Yo podría ciertamente expedir desde aquí numerosos cargamentos...

Sospechaba Garrie que su cuñado se dedicaba al negocio de contrabando, pues varias veces se lo había oído decir a su marido. Así frunció el ceño al oírle expresarse de aquel modo.

—No se asuste ni sea mal pensada... Me refiero a cargamentos de arena para mis construcciones—explicó Raymond adivinando lo que ella pensaba.

—¡Ah, bien!

—¿Me va usted a dar hospitalidad por unos días?

—Es usted mi cuñado y considero un deber atenderle.

—Es usted lo más amable del mundo...



—Vengo en viaje de negocios...

Y tiene usted unos niños muy simpáticos. ¡Venid aquí, sobrinitos!

Acarició sus mejillas y estampó en ellas unos besos. Y lentamente se dirigieron todos hacia la tienda...

* * *

Los dos agentes encargados de la persecución de los contrabandistas habían presenciado lo ocurrido desde una de las ventanas del café.

—Ese tipo es demasiado "bien" para ser el contrabandista que buscamos.

—Parece un "gentleman".

—De todas maneras no nos fíemos. Vayamos a ver al jefe y a notificarle la llegada de ese individuo.

Y salieron rápidamente poco antes de que en la tienda entrasen Garrie, sus hijitos y su cuñado.

Por la escalera interior se dirigieron al piso... Jenny rondaba ahora por allí...

Garrie les presentó, y Raymond dedicó a Jenny varias frases amables, ensalzando su belleza y diciendo que nunca había podido creer que en aquel rincón de mundo se ocultaran tan espléndidas y deliciosas mujeres.

Jenny reía levemente, mirando de reojo a aquel nuevo familiar que iba a ser un motivo de mayor trabajo en la casa.

Baja a la cueva, Jenny, y tráete algunas conservas para la comida—le dijo su hermana.

La joven bajó lentamente la tosca escalera que conducía a la cueva, sórdido subterráneo donde estaban almacenados todos los géneros de consumo.

Un hombre se encontraba en ella. Era George Callahan, el marido de Garrie, que al escuchar pasos escondió una arquita llena de billetes en un huequecito abierto en el suelo y disimulado por tablas.

—¡Hola, Jenny!—le dijo él.

—Una sorpresa, George. Tu hermano está arriba.

—¿Mi hermano el contrabandista? ¡Atíza! ¿Qué se le habrá perdido por aquí? ¿O es que quiere complicarnos a todos en sus negocios?

—Parece que viene en son de paz... Es muy simpático.

—¿Simpático? ¿A que te enamoras de él? ¿Me quieres dar celos?

Y entre risueño y disgustado abrazó a

su cuñada y la besó en los labios con besos de amor, con besos que hablaban de largas horas de cariño...

Porque aquél era el gran secreto que les



—¿Me quieres dar celos?

unía. Eran amantes. Garrie desconocía el cruel engaño; ignoraba que dentro de su propio hogar su hermana la traicionaba con su marido... Y vivía ignorante de aquellas relaciones, de aquellas citas culpables en el oscuro interior del subterráneo.

—Vámanos arriba para no llamar la atención—le dijo Jerry mientras recogía en una cesta varios botes de conserva y algunas frutas.

—¡Sí! ¡Pronto! Pero por mi gusto no subiría nunca... Estoy en malas relaciones con el hermanito.

Y aun retardaron varios minutos el momento de subir, aprovechándolos para volverse a besar en silencio, entre la grata complicidad de las sombras...

* * *

Los niños habían salido... Garrie estaba a solas con su cuñado y se contemplaban con mutua atención.

—Cuando llegue George no le haga ningún reproche por su pasado. Ahora está en camino de ser un buen marido... Nos hizo sufrir mucho por su conducta durante los primeros tiempos, pero parece que se ha enmendado—decía ella.

—Mucho lo celebro... ¿Dónde está ahora?

—Tal vez en la cueva estivando unas patatas. Jenny nos lo dirá.

—Ya... ya...

Raymond paseaba nervioso por la estancia fumando un cigarrillo tras otro. De pronto se detuvo a examinar la fotografía de un precioso velero.

—Papá ha sido capitán de este buen velero —explicó Garrie.

—¡Magnífica embarcación!... Un barco así es lo que yo necesito para mis cargamentos. ¿Viaja su papá todavía en él?

No... Los tiempos han cambiado... Ahora es capitán de otro vapor y George es su segundo.

—George ya no es al parecer aquel muchacho del que no podíamos hacer nada bueno... Desde que se ha casado con usted, por lo visto ha cambiado mucho.

—Sí. Es cierto... Ahora no me da motivo de queja.

Aparecieron Jenny y George. Los dos hermanos estuvieron un momento observándose, pues su amistad se había enfriado mucho y habían estado varios años sin hablarse.

Sin embargo, el tiempo parecía que iba a borrar los resquemores antiguos, y se estrecharon las manos como dos viejos camaradas que se encuentran al cabo de muchas jornadas.

Desde que George había contraído matrimonio, no se habían vuelto a ver... George seguía su profesión de marino; Raymond, sus negocios de contratista que se rumoreaba eran poco claros y desacordes con las leyes vigentes de la prohibición.

Iban los hermanos a sentarse para tener un largo cambio de impresiones cuando abrióse bruscamente la puerta y apareció un viejo alto y fornido, Mac Cobb, el padre de Garrie y Jenny. Tras él iba otro caballero que daba muestras de viva nerviosidad.

Mac Cobb sin mirar a los dos hermanos que se habían retirado a un rincón dijo a su hija mayor con los ojos llameantes de ira:

—¿Dónde está el sinvergüenza de tu marido?

—Padre...

George y Raymond se levantaron, con-

templando con espanto y extrañeza a aquel implacable acusador.

— ¡Voy a ajustarle las cuentas, George! — dijo el acompañante de Mac Cobb alzando el puño amenazador.

George aparecía nervioso, mientras su mujer y sus cuñados le observaban con asombro...

¿Qué motivaba aquella escena? ¿Por qué aquel acceso de indignación?

— Papá — dijo Garrie — ¿Por qué tratas a George de esa manera? No se lo merece... He aquí a su hermano que viene a pasar unos días con nosotros... ¿Qué va a pensar él de todo eso?

Mac Cobb miró a Raymond y le dijo:

— ¿Usted es el hermano de George? En mal tiempo llega, amigo mío... Oiga al abogado de la Compañía de Navegación y verá qué clase de individuo es su hermano. ¡Bueno yerno me ha caído encima!

— ¡Señor mío! — protestó George, pálido como un muerto.

— ¿Te atreves aún a protestar... ladrón? — le gritó su suegro.

— ¡Oh, no... no! — dijo Garrie, horrorizada.

George, bajo el peso implacable de la fatalidad, se dejó caer en un sillón, mientras el acompañante de Mac Cobb, que era el abogado de la compañía naviera, explicaba lo que sucedía.

— Es muy triste la misión que traigo, pero el deber está por encima de cualquier otra consideración... George Callahan ha venido estafando hace más de un año a la compañía de barcos... Rebaja el importe de los cargamentos, cobra comisiones. Calculamos en dos mil dólares lo que nos ha venido robando... Y los devolverá inmediatamente o le juro que irá a la cárcel.

Todas las miradas coincidían en George que ocultaba el rostro entre las manos, avergonzado de que se hubiesen descubierto sus delitos... Jeany junto a la puerta le contemplaba con la inquietud del cómplice.

Garrie no podía creer que su marido hubiese cometido aquellas faltas. Avanzó hacia él y le dijo:

— George, defiéndete... Di que tú no eres un ladrón, que es mentira esta acusación que te lanzan.

— No lo dirá, no lo dirá... Tenemos pruebas.

George manteníase callado, afirmando con su silencio su responsabilidad...

Mac Cobb, sofocado por aquella deshon-



—Es mi última palabra.

ra que caía sobre el nombre de los suyos, aparecía congestionado.

—Es mi última palabra—dijo el abogado—. O mañana me entregan ustedes los dos mil dólares o George irá a la cárcel.

Raymond no había desplegado los labios convencido de que su hermano era culpa-

ble, la misma cabeza loca que había sido siempre, ya en sus épocas de soltero. ¿Y aun le culpaba a él porque se dedicaba al contrabando?...

Garrie, anegada en lágrimas, iba de un lado a otro de la habitación, murmurando palabras incoherentes. De repente dijo como poniendo en orden sus pensamientos:

—Es preciso encontrar esa suma... por el honor de los niños. Padre, préstanosla... Ya te la devolveremos.

—¡No puedo! —replicó el viejo torvamente.

—¿No quieres ayudarnos?

—Es inútil que pidas un céntimo a este viejo avaro—dijo George con desprecio.

—¿Avaro yo? ¡Mientes! ¡Mientes!—contestó Mac exaltadísimo, dispuesto a clavarle las uñas en el cuello.

—Lo es.

—¿Canalla! ¿Y el año pasado cuando tú necesitabas... yo...

Se detuvo. Llevóse la mano al corazón; su rostro se contrajo en una mueca terrible, de hondo sufrimiento, y apoltonado cayó a tierra.

—¡Padre... padre! ¿Qué te pasa?

—¡Papa!

—Jenny, pronto, el doctor. ¡Se nos muere!

El viejo ya no contestaba... El enfado, el disgusto había atacado su corazón ya un po-



—¡Ahora vos! ¡Mientes!

co maltrecho por las largas jornadas de peligro durante toda su vida de marino.

George contemplaba con espanto los ojos vidriosos de su suegro que parecían acusarle con la frialdad agresiva de la muerte...

Salió Jenny velozmente en busca del doctor, pero cuando volvió con éste, ya todos los servicios de la ciencia fueron inútiles.

La muerte había entrado en aquella casa



...—¡Padre... padre! ¿Qué te pasa?

hiriendo al patriarca, al bravo marino vencedor de tantas tempestades.

Ahora Carrie no pensaba en el marino, ni en sus deudas, ni en que era debido a ello que se había provocado la catástrofe. Sólo lloraba amargamente porque aquel no-

ble viejo, aquel gigante que parecía vender salud, había sido fulminado por el rayo mortal de una angina...

Jerry dejó escapar también unas lágrimas, pero en su corazón, estaban casi muertos todos los grandes sentimientos... El pecado la poseía con un afán de exclusividad... Todo lo demás le parecía pequeño, relativo, sin darle la verdadera importancia que tenía...

Y Raymond, el cuñado de los negocios un poco dudosos de contrabando, pensaba que en mala hora había caído en este sórdido lugar donde surgían tantas inquietudes, tantas contrariedades... Y aun le parecía que esto era el prólogo de lo que tenía que ver... Le daba el corazón como un amargo presentimiento de hechos todavía graves...

* * *

Dos días después, enterrado ya Mac Cobb y habiendo conseguido que el abogado de la Compañía aplazase por unos días su ul-

timátum, Garrie y George estaban hablando con el notario que les daba cuenta de la real situación de los bienes del fallecido.

Ellos creían que papá poseía dinero, o cuanto menos aquella casa que podían hipotecar, sacando de ella los dos mil dólares que necesitaban para restituir a la compañía la cantidad robada. Pero el notario tuvo que desvanecer todas sus ilusiones, asegurando que el viejo no poseía bienes particulares y que la casa sufría dos hipotecas y también estaba comprometido el terreno.

—Pero entonces — preguntó Garrie, mujer de negocios a quien nada se le escapaba — si papá ha hipotecado la casa el año último, ¿qué ha hecho del dinero?

—Se lo dió a George. ¿Es que no lo sabe usted?

—¿A ti? ¿Qué hiciste de él? ¿Por qué lo necesitaste? — le preguntó sintiendo que de nuevo se agolpaban las lágrimas a sus ojos al ver el abismo sin fondo en que él había caído.

—¡Déjame que te explique! — exclamó George, nervioso—. Pero a solas... Yo quisiera...

—Le ruego que me permita estar un momento con mi marido, señor Notario.

—Me marchó ya, señora... Y crea que siento mucho lo que pasa. Estoy desolado, pero las cosas deben seguir su rumbo... Si no tiene usted los dos mil dólares, George irá a la cárcel.

Cuando los esposos quedaron solos, ella le midió con una honda mirada de desprecio. Le acusaba con sus pupilas enérgicas, y si intentaba salvarle, no era por él, sino por los niños, a quienes el oprobio envolvería también en su ropaje.

—George, ¿qué has hecho de ese dinero?

Tardó él en responder, pero al cabo dijo forjando una oportuna mentira:

—Mi madre estuvo enferma... en su casa de California... Cuando fui allí en uno de mis viajes, me encontré con que no había ni para pagar al doctor, ni para atender su larga curación... Pedí dinero a tu padre y él me lo dió generosamente.

—¡Y le llamabas avato!

—Perdóname, Garrie, fué una estupidez mía.

—Una estupidez que le causó la muerte.

—No me lo hagas recordar. ¿Cómo iba a poder suponer yo?

—No puedo creerte, no puedo. Es demasiado dinero... ¿Y los dos mil dólares sustraídos a la Compañía?

—Eran también para mi madre. Había contraído muchas deudas.

Calló Garrie, sin querer insistir sobre aquel problema delicado. Sólo creía parte de lo que decía su marido, pero seguramente casi todo el dinero había sido derrochado en juergas.

George la observaba con atención, contento de que ella se hiciera cargo de las cosas. No había una palabra de verdad en todo lo que había contado. Los dos mil dólares de la Compañía así como el dinero de su suegro habían sido destinados para sus alegres francachelas a través de todos los puertos del mundo. Una gran parte lo había dedicado a Jenny comprándole joyas que ésta tenía ocultas en el armario de su cuarto, y otra parte lo tenía guardado en el sótano en espera del momento propicio para poder derrocharlo a su satisfacción.

¡Ah, no! No estaba él dispuesto a devol-

ver los dos mil dólares. Era necesario que su mujer se ingeniase, que buscara un medio para pagar sin que él hubiera de hacer uso de aquel ahorro poco digno.

Entretanto, desde el patio contiguo, estaban oyendo aquella conversación Jenny y Raymond.

Este último, hombre muy ducho y conocedor de las gentes, había descubierto en los pocos días que se encontraba en aquella casa, los culpables amores de Jenny y George. Un día vió como se abrazaban por uno de los corredores. Y como en todas las grandes catástrofes de la vida aparece casi siempre una mujer, pensó Raymond que la causa de todos aquellos excesivos gastos realizados por George reconocían por base el contentar a aquella Jenny de ojos perversos en cuyos brazos brillaban unas deliciosas pulseras...

Jenny le miraba con un silencio interrogante, temerosa, como si adivinara cuanto pasaba por la mente del joven.

—Jenny—le dijo él de pronto—. El dinero lo ha gastado mi hermano para usted.

—No, no es cierto! —dijo ocultando sus brazaletes.

—No intente engañarme. Yo sé lo que mi hermano es para usted. Les he visto...

—¡Oh!

—No diré nada. No se asuste. ¡Ah, mujeres, mujeres! Ya he hecho bien en tenerlas siempre a raya.

Y haciendo un gesto de desdén, entró en la casa, dirigiéndose a las habitaciones donde George juraba ahora solemnemente que su suegro le había entregado el dinero para pagar las deudas de la madre. En esto mentía. Porque él había inventado aquella historia para que Mac Cobb se sintiera conmovido y pagara una cantidad. Creyendo que se trataba de algo sagrado, de salvar la vida de la anciana madre de George, el pundonoroso marino había dado varios miles de dólares que el juerguista se gastó en alegres francachelas y entre las más divertidas mujeres del mundo.

Raymond avanzó hacia ellos y sacando de su cartera unos billetes los puso sobre la mesa diciendo:

—¡Cuatro billetes de quinientos dólares! ¡Justo para salvar a George!

—¡Raymond!

Ella le contempló conmovida, recogiendo los billetes y guardándolos en una caja...

George, lleno de altivez, con un orgullo que le molestaba aceptar dádivas que pudieran humillarle, guardó silencio, sin darle siquiera las gracias, como si su hermano tuviese una obligación al hacerle aquel favor.

En cambio, Garrie, estaba emocionada. Poco a poco comenzaba a inspirarle confianza la conducta de aquel hombre que hasta entonces le había parecido dudosa.

—¡Gracias, Raymond!... Nos hace usted un favor señaladísimo.

No me lo agradezca. Tengo el propósito de cobrarme este servicio.

—¿Cobrárselo?

—Sí. Hablemos claro de una vez. ¿Para qué remilgos ni disimulos? Lo que sospechaba usted era verdad. Soy contrabandista de licores.

—Ya lo decía yo...—interrumpió George.

—¡Tú te callas!... Todo el mundo tiene derecho a recriminarme menos tú. No cuentas en ese asunto—le indicó con profundo desprecio—. Haremos un pacto, Garrie.

Mis cargamentos partirán de aquí. Vamos a ser asociados.

Ella protestó vivamente:

—¿Quiere usted que mis hijos sean testigos de su sucio tráfico?

—Esto lo dejo a su albedrío. Pero sus hijos tendrán o una madre contrabandista o un padre en presidio. ¿Qué prefiere usted?

—¡No... no!... ¡Eso no!—contestó vencida ante la amenaza—. ¡Ay, tu mala cabeza, George, a cuántas transigencias nos obliga!

No contestó el marido, y Raymond, convencido ya de la colaboración de ella, le dijo:

—Es usted una cuñada encantadora y estoy seguro de que seremos buenos amigos.

—Ya sabe usted por qué lo hago.

—Lo interesante es hacerlo.

—¡Mirad!—dijo Garrie de pronto, asustada—. Vienen hacia aquí unos agentes.

Por la ventana abierta vieron efectivamente que avanzaban en dirección a la casa, los dos agentes de policía encargados de la persecución del contrabando y que tenían sospechas de que aquel hombre que se hospedaba en casa de Garrie tuviera algo que

ver con los que hacían burla de la persecución.

Una idea criminal, propia únicamente de aquel malvado, surgió en la imaginación de George.

Puso mano a los cuatro billetes de quinientos dólares y dijo con una sonrisa criminal:

—Tengo el dinero. ¡Denúnciale, Garrie!

—¡Oh, no, no!

—¡Eres un miserable! — le increpó su hermano atenazándole el brazo hasta conseguir arrebatarse de nuevo el dinero, que entregó a su cuñada—. Mercaderías ir a presidio. Si no fuera por tu mujer y tus hijos, te dejaría hundir.

—¿Me amenazas?

—Te desprecio.

Enmudecieron al ver asomarse por la ventana a los dos agentes. La presencia de los policías los atemorizó a todos, y disimularon su turbación...

George no intentó denunciarle ante el temor de que él fuese también a hacerle compañía al presidio.

Uno de los agentes lanzó una investigadora mirada a Raymond y dijo:

—Garrie, venimos a preguntarle qué sabe usted de su huésped.

—¿Mi huésped?—contestó con tranquilidad—. Le conozco bien... y de sobra... Como que es mi cuñado.



—¡Eres un miserable!

—¿Su cuñado? ¡Haberlo sabido antes!

Y ya sin recelo de ninguna clase, pensando que sus sospechas habían sido infundadas, le estrecharon afectuosamente la mano... y Raymond, oportuno y cordial, explicó:

—¿Es que dudaban de mí? ¿Me tomaban por un contrabandista? No me gusta el vino... ni olerlo.

—Perdone usted. Pero como se nos decía que se iban a embarcar unas partidas...

—No sé... Mis negocios no pueden ser más lícitos... Me instalo aquí para tomar la arena que necesito para mis construcciones.

Los agentes se despidieron, dándose cuenta de que habían cometido una "plancha", y Raymond, sonriendo, saboreó encantado un cigarrillo.

—Les he despistado... Realizaré las operaciones sin temor ni peligro... Bueno, George, ¿somos amigos o no? No quiero rencillas... Te perdono el mal que intentaste hacerme a cambio de la hospitalidad que me das.

Comprendió George que era absurdo rebelarse contra su hermano que lo libraba con su generosidad de presidio... ¡Y quién sabe! Acaso él podría hacer también buenos negocios dedicándose al contrabando.

Y su mano apretó la suya como símbolo de fraternidad.

A la noche siguiente unos hombres guardaron en la curva diferentes partidas de alcohol.

George, libre de la amenaza de presidio gracias a los dos mil dólares proporcionados por su hermano, se aburría en el ambiente de aquella playa lejana.

El estaba acostumbrado a viajar, a recorrer el mundo. Pero había sido expulsado de la Compañía de Navegación y no encontraba empleo en ninguna parte, pues sus antecedentes le vedaban toda buena colocación... Y aquí, en su casa, se aburría. El era un espíritu nómada, se moría en aquel rincón de la tierra.

Cierta día en una de las culpables entrevistas que sostenía con Jenny en el sótano, le dijo:

Esta existencia me es insoportable. ¿Quieres huir conmigo?

—¿Cómo huir sin dinero?—le respondió ella.

—Aquí tengo parte del que reuní en comisiones... Mira...

Y levantando unos maderos del pavimento, sacó una cajita en la que había unos centenares de dólares.

Ella, amorosa, le besó en los labios.

—Huiremos esta misma noche. A las doce.

Y a la hora citada, George salió de puntillas de su habitación dirigiéndose hacia el comedor donde intentó abrir el cajón en el que había guardados los dos mil dólares que había dado Raymond y que serían pagados a la Compañía al día siguiente... Se los llevaría también. Nunca sobra el dinero...

En aquella operación le sorprendió Jenny que, vestida ya en traje de calle y con un maletín en la mano, se disponía a huir con su amante.

—Pero ¿qué haces?—le dijo sorprendida al ver como él forcejeaba en uno de los cajones.

—Ya lo tengo... Es el dinero de Raymond.

Un estremecimiento de horror agitó a

Jenny. La sangre de su padre, honrada y pura, pareció rebelarse contra ello.

—Tú no puedes robar ese dinero. ¡Es sagrado!—dijo.

—¿Estás loca? Sabes muy bien que no es la primera vez que he robado para salvarte a ti.

Pero Carrie tomó ese dinero para salvarte de la cárcel. Es un depósito sagrado... Debes devolverlo...

—No... no.

—¡Dámelo!

Lucharon... Ella pretendía arrebatarse los billetes... No quería cometer aquella traición.

En el forcejeo de la lucha derribaron varias sillas, y el rumor se transmitió por toda la casa, despertando a Carrie y a Raymond que acudieron rápidamente a ver lo que sucedía.

La lámpara de petróleo temblaba en la mano de Carrie.

Al ver a su mujer, George dió un grito y cesó en la pelea, mientras Jenny atemorizada dejaba el dinero en el cajón abierto.

Raymond había acudido también y en el acto comprendió todo lo que ellos habían

intentado. Pretendían huir, pero a última hora habían sostenido una pendencia a causa de dinero.

También Garrie adivinó lo que había sucedido... y unas lágrimas de dolor, de infortunio, corrieron por su mejillas.

—¡Miserables, miserables! ¡Mi marido y mi hermana! ¿Queríais marcharos, eh?—añadió viendo sus trajes de viaje—. Y yo tan ciega no había visto hasta ahora que me estabais engañando... ¡Infortunada de mí!

—Intentabas llevarte el dinero que yo dejé para que no fueras a presidio, ¿no? Eres un ladrón de la peor especie, hermano.

—¡Raymond!

—¡Marchaos de aquí! ¡Fuera de mi casa, George, Jenny! ¡En seguida! ¡Me repugna vuestra presencia!—gritó la esposa.

Pero Raymond, que jamás perdía su serenidad, dijo:

—No. Que no se vayan. Es preciso que ellos se queden aquí, pues de lo contrario, tal vez sospecharían los agentes de la prohibición.

—¡No! —rugió George.

—Harás lo que yo te mande si no quieres

ir a presidio... ¡Ah, el viejo tenía razón cuando te llamaba canalla!... Pero te vas a quedar aquí y yo te enderezaré. ¡Te lo juro!

Su orden era tan terminante, había en él una voluntad tan extraordinaria, que no



—Es preciso que ellos se queden aquí...

se atrevieron a desobedecer, y Jenny y George volvieron a sus respectivos cuartos, convencidos de que en aquella casa ya no había otra autoridad que la de aquel hombre que hacía lo que le daba la gana.

* * *

Al día siguiente se pagó a la Compañía mil dólares con la promesa de pagar el resto en el plazo de un mes, extremo a que se conformaron los de la Navegación.

De esta manera, Raymond, quería tener atado a su hermano para impedirle que pudiera denunciarle.

De la casa había desaparecido la alegría. Descubierta el pecado, el criminal adulto, Jenny y George no osaban apenas mirarse, ni hablar, con el temor de ser perseguidos a cada instante por la enérgica Garrie.

Esta, víctima de unos y otros, vivía ya únicamente para sus hijitos, deseando que cuanto antes terminase aquella grave situación para abandonar el pueblo u obligar a su esposo y a su hermana a marchar inmediatamente de allí. Todo antes que seguir la farsa de un hogar deshecho.

Habían llegado varios camiones con los

que se iba a realizar el transporte. Quedaron encerrados en unos cercanos cobertizos que servían de garage y donde dormían también sus cargadores que comían en casa de "la hija de Mac Cobb".

Cierto día, aquellos empleados de Raymond se atrevieron a dirigir en la taberna algunas galanterías a Garrie, y hasta uno de ellos, un mocetón atrevido y muy afortunado con las mujeres, intentó acariciar su barbilla.

Antes de que ella misma pudiera responder a la agresión, ya la intervención oportuna de Raymond había castigado al insolente. Un puñetazo formidable le había derribado en tierra cuan largo era.

—El que se atreva a molestar a Garrie tendrá que habérselas conmigo.

Pero el miserable empuñando un revólver intentó disparar. Garrie con un movimiento impulsivo se puso delante de Raymond como para defender a éste de la muerte.

Por fortuna, su gesto heroico y generoso no tuvo consecuencias. Otros hombres habían caído sobre el agresor y lo desarmaron.

Raymond le despidió en el acto, y el pendenciero tuvo que abandonar la playa perseguido por sus antiguos compañeros que querían castigar la agresión contra el amo.

Aquella noble, espontánea intervención de Garrie conmovió profundamente a Raymond, quien más tarde le dijo con una voz en que vibraba una ternura desconocida hasta entonces:

—Garrie, ¿por qué se puso usted delante de mí cuando el tipo aquel disparó?

Ella bajó los ojos, como si le avergonzara su acción, como si tuviera miedo de que él interpretara mal aquel gesto espontáneo y magnífico.

—¡Oh, nada personal!—se excusó—. Lo hice sencillamente por evitar un crimen en mi casa.

—¡Ah, ya!

Aquella misma tarde en ocasión en que Garrie estaba confeccionando unos pasteles, se le acercó Raymond y tomó tranquilamente uno... haciendo grandes elogios del mismo.

Después muy galante le ofreció otro a Garrie con un ademán tan amable, tan risueño que el rostro de la mujer, dolorido

por vivir junto a la traición, se iluminó.

—¡Qué lástima que sea usted un contrabandista—le dijo, sonriente—. En algunas circunstancias se conduce usted como un verdadero Mac Cobb.



—¡Qué lástima que sea usted un contrabandista!

—Preferible así. ¿No le parece?

Entró George en el local. Cada vez estaban más sombríos sus ojos, más torvo su semblante. Le parecía que se encontraba

allí como de prestado, y no tenía derecho a poner los pies en aquella casa.

Jenny se hallaba tras el mostrador. Desde aquella noche, no había vuelto a dirigir la palabra a su hermana. Ahora al ver a su cómplice sonrió y le murmuró al oído:

—Raymond parece que se divierte con tu mujer.

—¡Estúpidos!

Avanzó hacia ellos y vió que Garrie y Raymond comían unos pasteles y parecían los mejores amigos del mundo.

Brutalmente miró a su hermano y le dijo, complaciéndose en sus palabras:

—No te molestes en flirtear con mi mujer. No soy celoso.

—¡Siempre tan canalla como de costumbre!—le dijo Raymond.

—Cálmese, Raymond. ¡Hágalo por mí!—suplicó la esposa.

—¡Y tú no te metas en lo que no te importa!—le gritó George zarandeando brutalmente a su mujer—. ¿Te enteras?

—¡Déjame! ¡Me haces daño!

Raymond apartó bruscamente a George.

—Te ordeno que de aquí en adelante

respetes a tu mujer o te las verás conmigo.

—¡Maldito tú y maldita ella!—murmuró.

Y miránolos con infinito odio se dirigió hacia la cueva, mientras Raymond procuraba consolar a la pobre esposa que lloraba las continuas brutalidades con que el destino se complacía en atormentarla.

* * *

Los agentes de la prohibición tuvieron de nuevo sospechas que Raymond se dedicaba al contrabando.

La presencia de aquellos cargadores, gentes de aspecto algo dudoso, acabó de afianzar sus temores... Era preciso efectuar un registro en la casa. No fuera cosa que allí se almacenase alcohol.

—Puede ser que Garrie sea inocente, pero su cuñado me da mala espina. Voy a ver—dijo uno de los policías.

—Me parece que te equivocas.

—Quiero sondear un poco. Me voy. Ya volveré más tarde.

Y el agente Kelly se dirigió tranquilamente hacia la casa de los Mac Cobb. No había nadie en ella. Seguramente todos se encontraban en la taberna vecina.

Acuciado por la curiosidad descendió hacia la cueva que estaba sumida en extraordinaria penumbra.

Un hombre avanzó hacia él con una lámpara en la mano. Era George.

—¿Qué hace usted aquí?—dijo éste al policía.

—Como no he visto a nadie arriba, me esomé aquí... Está usted muy solo, querido amigo... Tengo curiosidad por saber qué hacía en la cueva.

George parecía inquieto y la luz de petróleo iluminaba sus facciones intranquilas.

—¿No me contesta?—insistió el agente...

—Sospecho que se realiza contrabando en esta casa y que aquí se guardan los géneros... Si usted me informase bien, yo se lo recompensaría... Ya sé que nada tiene usted que ver con los sucios negocios de su hermano.

Aquel hombre codicioso, capaz de vender a su misma madre por dinero, contestó con una alegría de avaro:

—¿Qué me da usted si le informo de varias cosas muy interesantes?

—Aquí tengo tres mil dólares. Son para usted.

—¡Pues... hecho! Mi hermano se dedica al contrabando y aquí he descubierto que guarda sus licores. ¡Mire usted!

Apartó una estiva de frutas y dejó ver detrás numerosas botellas de los mejores licores.

—Creo que para hoy o mañana están preparando un embarque.

—¡Magnífico!—contestó el agente rebosante de júbilo.

—He cumplido mi palabra. Ahora deme usted el dinero.

—No faltaba más.

Pero como el policía consideraba a George cómplice de su hermano, se dispuso a detenerlo. Metióse la mano en el bolsillo como para sacar la cartera, pero en vez de ella apareció con unas esposas con las que pretendió maniatar al marido de Garrie.

George defendióse bien y durante un mo-

mento aquellos dos hombres pelearon con una rudeza terrible.

Enloquecido de indignación, y aprovechando un momento en que pudo desprenderse de él, George cogió un banquillo de madera y lo lanzó contra el policía con tan certera puntería que dió contra su sien, matándole instantáneamente.

Horrorizado por lo que acababa de hacer se llevó las manos a la cabeza y acercóse al agente convenciéndose de que ya no respiraba... Sobre la sien tenía una mancha morada.

—¿Qué había hecho? ¡Y con esa rapidez muere un hombre!

Empezó a temblar, a sentir como sus dientes castañeteaban impulsados por el terror.

Así permaneció largo rato, no sabía cuántas horas, pero muchas con el espanto indecible de que pudieran bajar y sorprenderle junto al cadáver.

De pronto se oyeron pasos, y aunque, entonces, atropelladamente, intentó George arrastrar el cadáver a un rincón, no llegó a tiempo de hacerlo.

Acababa de bajar su hermano Raymond,

quien al ver el cuerpo muerto del policía, ahogó un grito de asombro.

—¿Qué has hecho, loco? ¿Por qué lo has matado?

—Todo descubierto... Era necesario matarle... Quería cogerme.

—¿Cómo le dejaste entrar aquí?

Pero George, sin responder y llevado del temor de que pudiera bajar su esposa o Jenny y descubrir el crimen, arrastró al policía a uno de los rincones de la cueva y empezó a cubrirlo con sacos de manzanas.

—¿Estás loco?—le dijo su hermano que no perdía jamás la serenidad ante el peligro—. Tú no puedes guardar ese cadáver en la cueva.

—¡Me cogerán!... ¡Tengo miedo! ¡Que nadie lo vea!...

Instantáneamente Raymond recordó a la pobre Garrie, ajena a aquel drama que se desarrollaba en el subterráneo... Era necesario evitar que el crimen fuese descubierto.

—No merecías que te salvase—le dijo—, pero voy a hacerlo... No por ti, sino por tu mujer... Escondamos bien el cuerpo de

ese hombre... Ya veremos cómo lo sacamos de aquí.

Aterrorizado ahora, había caído George en una especie de sopor, de aturdimiento.

Lívido como un muerto, vació varios sacos de manzanas sobre el cuerpo del agente y éste desapareció a la vista de los dos.

—Y ahora arriba—dijo Raymond—. Y disimula todo lo que puedas. Ni una sola palabra.

Pero cuando ya estaban en mitad de la escalera, se detuvieron al ver bajar asustada y triste a Garrie.

—¡Los agentes están aquí! ¡Vienen a realizar un registro!—dijo ella.

En efecto, bajaban ya varios policías que por ciertas confidencias sospechaban que allí pudiera ocultarse alguna partida de alcohol. Además, mucho les extrañaba la ausencia de su compañero Kelly. ¿Dónde podía haber ido?

George difícilmente podía contener su emoción. Por fortuna, la poca luz que había en la cueva impedía ver sus facciones haciendo menos sospechoso su aspecto.

Jenny se asomó un momento a la escalera, pero, temerosa de que la hicieran

prestar declaración, fué a encerrarse en su cuarto. Cada día se sentía menos sociable, con mayor anhelo de soledad. El remordimiento le hacía difícil la vida.

—Tenemos que registrar la casa—dijo uno de los agentes—. Perdóneme usted, Garrie, pero no hay otro remedio.

—Nada tenemos que ocultar—dijo Raymond, tranquilamente—. Pasen ustedes.

Y acercándose a su cuñada le susurró al oído:

—No se preocupe. Usted, no lo olvide, ha ignorado siempre nuestro contrabando...

Los policías comenzaron su registro. Garrie, dando muestras de gran serenidad, pareció no atender ni dar importancia alguna a las investigaciones de los agentes, y subiéndose a una banqueta, recogió unos frascos de mermelada.

Raymond aparecía tranquilo, pero el que daba muestras de temor era George, que seguía con ojos inquietos las investigaciones de los policías.

Al ver que éstos se dirigían hacia la parte donde se hallaban estivadas las manzanas, detrás de cuya estiva había el cuerpo inanimado del agente y la puerta que con-

ducía a otro departamento donde se guardaba el contrabando, Garrie y los dos hombres avanzaron hacia ellos.



... dando muestras de gran serenidad...

Ignoraba Garrie el crimen cometido y atribuía el espanto de su marido al temor que se descubriese el contrabando.

Garrie, deseosa de captarse la confianza de los agentes, les ofreció unas manzanas.

—Tengo la seguridad de que no encon-

trarán licor... Tomen unas manzanas a cambio.

Y los policías, aunque desparramaron parte de la estiva, no pudieron advertir que a menos de un metro de distancia estaba su compañero muerto.

Tomaron, pues, las manzanas y después de una nueva y minuciosa investigación, se convencieron de que allí no había licor.

Uno de los policías lanzó una exclamación de sorpresa y señaló una gran mancha de sangre que había en el suelo.

George y Raymond cambiaron una mirada de espanto. Iba a ser descubierto todo. El primero pareció balancearse como si ya sus fuerzas se agotaran a impulsos de la emoción.

—¿Qué piensa usted de esto?—dijo uno de los agentes al jefe.

Pero entonces Garrie, que no tenía motivo alguno para pensar mal de aquel descubrimiento, sonrió y señaló la bóveda. En ella estaba colgada un ave recién cazada y cuya sangre había ido cayendo gota a gota al suelo.

Todos se echaron a reír ante lo inocente del caso, y George, se apoyó contra la pa-

red, respirando libremente después de la dolorosa impresión sufrida.

—Casi me habían hecho ustedes creer que habían matado a alguien aquí—dijo el jefe.

Infructuoso el resultado, abandonaron la cueva, dirigiéndose hacia las habitaciones de la casa para proceder a un registro.... Pero también fué negativa la investigación y la policía hubo de abandonar la casa, pensando que de nuevo eran infundadas todas sus sospechas.

George, apesadumbrado por su crimen, se dirigió a un patio solitario y se sentó en el suelo... Jenny avanzó hacia él, pero, en muy mala forma, el antiguo marino le rogó que se marchara... Y la mujer, ofendida y temerosa de estar perdiendo aquel amor criminal, volvió a su habitación, con un anhelo fervoroso de abandonar cuanto antes aquella casa que le caía encima como una tumba.

Raymond fué al encuentro de Garrie y le dijo bondadosamente, admirado de la fuerza de ánimo, del disimulo, de la energía de que había dado pruebas:

—¿Cómo darle a usted las gracias por

su silencio? No ha querido usted decir que teníamos escondido un cargamento en la cueva.

—¡Oh, nada personal! —respondió ella sonriente.—. Lo he hecho sencillamente por no tener disgustos en casa.

—No tendrá usted más disgustos, Garrie. Esta noche me marcharé con todas mis mercancías.

—¿Se va hoy?

Y había en sus palabras un gran interés y como una honda melancolía, pues en aquella casa donde reinaban tantos traidores, la presencia de aquel hombre parecía ser una salvaguardia para ella.

—Sí, me voy... pero, ¡oh! ¡nada personal! ¡Quiero ponerme a salvo!

Y saludando cortésmente a aquella mujer que le parecía la más perfecta que él había conocido nunca, se encerró en su cuarto... Y ella, quedó con los ojos fijos en la puerta, por donde Raymond acababa de desaparecer, sintiendo en el alma una inquietud, algo que le atormentaba ante la idea de que el hombre que la había defendido y se había portado siempre como un caballero, se alejaba de la casa.

* * *

La policía no cejaba en su creencia de que rondaban varios contrabandistas por los alrededores.

Por confidencias interesantes sabían que se preparaba un embarque de licor que debía ser transportado al cercano muelle en camiones... Por eso establecieron un importante servicio de vigilancia en toda la ruta que conducía al mar.

—Hay que detener a todos los coches que pasen por el puente—ordenó el jefe.

Y varios policías, fusil al brazo, vigilaban desde primeras horas de la noche, dispuestos a no dejar pasar ningún vehículo.

Entretanto, los dos camiones que transportaban contrabando, habían sido sacados de los cobertizos y cargados con las cajas de botellas.

Raymond estuvo varias horas en la cue-

va, arreglando las cosas para evitar nuevas responsabilidades.

Cuando llegó su hermano al subterráneo, le dijo señalándole uno de los camiones que aparecía completamente cerrado:

—Tú conducirás el primer camión, George... Es tu cargamento.

Y recalcó la palabra *tu* de un modo que estremeció a su hermano.

—¿Es que acaso?

—He puesto el cuerpo del policía ahí dentro—explicó—. Cuando llegues junto al río, desembarázate del cadáver y échalo al agua... Luego sigues la ruta hacia el puerto.

—¡Gracias, Raymond!... No olvidaré lo que haces.

—No quiero tu gratitud. Ya te dije que no lo hacía por ti, sino por tu mujer. Ella no merece haber caído con un granuja de tu clase.

No contestó George a aquellos insultos, desoso de salir cuanto antes de allí y abandonar el cuerpo de su víctima.

Mientras arreglaba el motor, llegaron los niños que, habiendo oído el rumor del automóvil, venían a saludar a papá...

George se distrajo un momento para aca-

riar a sus hijos, a los que quería con un amor ligero, superficial, pues hombre de mundo, no tenía siquiera apego a la familia, que había creado.

De pronto, una idea maligna flotó en su imaginación y la comunicó a su hermano:

—¿Qué te parece? Si yo llevo los niños conmigo, no sospecharán de mí, ¿verdad?

—Los expones a un peligro innecesario. Piensa que son unas criaturas...

—Con ellos nada me ha de ocurrir.

—Eres verdaderamente un padre adorable—le dijo con ira.

Pero George, para salvarse, prescindiendo de las consecuencias que podía traer el complicar en la difícil aventura a sus dos hijitos, les dijo:

—¿Queréis dar un paseo?

—Sí, papá, sí.

—Pues vamos en seguida.

—No hagas eso, George—gritó Raymond.

—¡Cállate!

Subió a los dos nenes en el asiento delantero del camión, y él se puso ante el volante.

Aceleró el coche y éste partió, levantando una montaña de humo.

Garrie, que había salido al escuchar el trepidar del motor, vió que iban en el camión los dos niños.

Indignada, pues los niños por la noche deben dormir y no dar paseos por las carreteras, increpó a su marido; pero éste, sin hacer el menor caso de las angustiosas demandas, aceleró más y más el motor, y pronto el camión no fué más que una nube polvorienta en la lejanía...

Corrió Garrie a ver a Raymond, a quien dijo:

—¿Ha visto usted? ¡Qué locura! ¡Llevarse a los niños en el camión!... Dígame, ¿cree usted que hay peligro?

Aunque nada podía asegurar, el contrabandista quiso calmar a la apenada madre.

—Nada tema... Están tomadas todas las medidas... No es fácil que ocurra ninguna sorpresa.

—¿Por qué le dejó partir con los niños?

—Fué una tontería, un capricho de mi hermano, del que no logré hacerle desistir.

—¡Ay, Dios mío! ¡Con tal de que no ocurra nada!

Pero en aquel momento llegaron dos hom-

bres que pertenecían a la banda de contrabandistas de Raymond.

Dando muestras de gran cansancio, explicaron:

— La policía está al acecho... Los de la prohibición os esperan en el puente... Debemos detener los camiones. No se puede efectuar hoy la expedición.

— ¡Oh, Dios mío! ¡Mis hijos! — sollozó Garrie con desesperación—. ¡Si me los matan!

Raymond comprendió inmediatamente la gravedad del caso.

— ¡Yo salvaré a los niños! Detendré a George antes de que llegue al puente!

Y saltando a uno de los camiones que estaba lleno de licores, lo puso en marcha.

— ¡Yo voy con usted! — exclamó Garrie.

— ¡Quédate! ¡No es posible!

— ¡Mis hijos! ¡Necesito salvar a mis hijos!

Y subió al camión cargado de arena bajo la cual había el contrabando de alcohol.

Comprendiendo que no podía perderse ni un instante, Raymond aceleró a fondo.

Fué una carrera loca, vertiginosa, de muerte, de competición, de desafío. Pero,

finalmente, consiguieron distinguir el camión que conducía George con su carga macabra.

Tocaron desesperadamente la bocina, avanzaron más y más, hasta acortar la distancia.

George vió a los que le perseguían y se extrañó de los gritos que daban su mujer y Raymond... ¿Qué podía pasar? ¿A qué todo aquello?

Los niños, de rodillas sobre el camión, saludaban sonrientes a mamá. ¡Qué bien se iba allí! ¡Cómo les gustaba aquel placer de la velocidad!

— ¡Detente! ¡Para! — gritó Raymond—. ¡La policía está en el puente!

— ¿La policía?

Horrorizado, George quiso accionar la palanca del freno, pero vió espantado que no funcionaba... Y el camión corría, corría, en un vértigo desesperado, acaso hacia la muerte.

— ¡Para! ¡Para!

— ¡No puedo! ¡El freno está roto! ¡No puedo parar!

— ¡Maldición!

— ¡Oh, mis hijos, mis hijos!

—¡Mamá! ¡Madrecita!

Se acercaban al puente. Y vieron todos con terror que aquél iba a abrirse para dejar paso a un barco...

Si no se podía detener el camión, caería al agua, arrastrando la corriente a sus ocupantes.

Se jugaron el todo por el todo. El camión de Raymond se colocó casi junto al de George.

—¡Saltad! ¡Pronto! ¡Saltad!—decía Carrie a los niños.

—¡No puedo saltar! ¡Tengo miedo!—decía el niño.

Casi se rozaban los dos camiones, y Raymond, abandonando por un instante la dirección del vehículo, se inclinó hacia el de George, y en un magnífico y violento impulso, consiguió coger a los dos niños y trasladarlos a su camión.

—¡Salta ahora tú, George!

Pero debido a una falsa maniobra que hizo George, desorientado, al verse ya cerca del puente, aceleró más el motor, y avanzando rápidamente hacia la boca abierta del abismo, vino a despeñarse al fondo del río.

Los policías, que cerca del puente vigilaban, contemplaron atónitos cómo se despeñaba el camión.

Pasados los primeros instantes de estu-



—¡Saltad! ¡Pronto! ¡Saltad!...

por, corrieron hacia el otro vehículo que Raymond acababa de detener a pocos pasos de allí.

Fusil en mano, hicieron descender a sus ocupantes... Carrie, llorosa, se abrazaba a

sus hijos y miraba al fondo del río, donde había desaparecido el camión...

¡Ah, George debería haber muerto en el violento choque!

Los policías, sospechando que llevaba contrabando, empezaron a lanzar al suelo paletadas de arena, hasta dar con una importante partida de licores.

—¡Magnífico! ¡Espléndido servicio! — dijo un agente —. Ya sospechaba yo que tú eras el contrabandista.

—Sí, yo soy... Pero Carrie — exclamó con un ardiente deseo de salvar a su cuñada—no sabía nada. ¡Lo juro!

—¡Bien... bien!... ¡Le creo! Pero ¿qué había en el camión que conducía George?

—No lo sé. Era un asunto personal.

—Ya lo averiguará la justicia... Ahora va usted a venir con nosotros.

—Estoy a sus órdenes.

Iba a marchar entre los policías... Carrie, llorando, le estrechó las manos con emoción.

No olvidaré nunca lo que ha hecho usted para salvar a mis hijos.

—¡Oh, nada personal!—respondió—. A mí me gustan los niños... Pero, Carrie, si

algún día soy libre, he de volver a su casa para no moverme ya de ella. ¿Lo quiere?

—Sí, Raymond.

Un nuevo apretón de manos, unos abrazos de los pequeños, y un coche que empezaba su marcha y en el que iba Raymond con unos agentes...

Y allá, junto al río, una mujer y unos niños seguían llorando la tragedia.

* * *

La corriente arrastró sin duda los cadáveres de George y del policía por el gran río que atraviesa casi toda la América... Un día los encontraron... Al fin, Carrie, tuvo entonces la seguridad de su viudez.

No quiso Jenny continuar en la casa de su hermana, pues su conciencia la perseguía cruelmente. Marchó a la ciudad a vivir miserablemente o a morir.

Y un año más tarde, Raymond, después de cumplir su deuda con la justicia, volvió al lado de Carrie y de los niños para no separarse nunca de ellos.

Sería el padre y el esposo que George no supo ser...

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbrá, 16; MADRID: Caños, 1

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087-Barcelona

Éxito franco, sincero, de la edición popular, de las selectas

Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica

de la novela dedicada a todas las mujeres

EL GRAN DESFILE

por **John Gilbert** y **Renée Adorée**

Precio con el mismo texto de
la edición primitiva: **1 pta.**

ACABA DE SALIR:

DU BARRY, MUJER DE PASIÓN

por **Norma Talmadge** y **Conrad Nagel**

EN BREVE:

[Otro acontecimiento:]

Edición popular de la inolvidable novela

LA VIUDA ALEGRE

por **Mae Murray** y **John Gilbert**

¡Haga sus encargos desde ahora mismo!

2.19-2-6/8

Grandioso éxito de la nueva e interesante publicación

EL FILM RUSO

Números publicados:

Primer número:

El emocionante film, interpretado por auténticos orientales

El exprés azul

(2 ediciones)

Segundo número:

La superproducción dirigida por CECIL B. DE MILLE

El batelero del Volga

(2 ediciones)

diseñada por Elnor Fair, William Boyd, Víctor Varconi, Robert Edesson, Teodoro Kosloff y Julia Faye

Precio: 50 céntimos

Mandamos ejemplares contra envío de su importe.

Ediciones BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis
Teléfono 38651 - BARCELONA
